

que aquel Portugal del infante D. Enrique y del infante D. Fernando, el Portugal poseedor de la recién conquistada Ceuta, y audaz al punto de sellar vencido con sus quinas los muros de Tánger, evocando á repetidos conjuros tantos archipiélagos en el Océano vacío y atravesando el terrible cabo Bojador; el Portugal que soñaba con Fez y expedía una tras otra escuadilla por mar y una tras otra caravana por tierra en busca del Preste Juan de las Indias y del gran Kan de Tartaria; el Portugal requeridor de todos los mares y metido en todos los misterios, dado á las exploraciones y á los descubrimientos, debía comprender su alma, en gran parte iluminada y movida por los rayos partidos de aquel brillante y encendido foco donde se habían animado sus ideas y templádose á una en sus piedras de toque todas sus creencias y todos sus experimentos. Portugal se hallaba entonces respecto de África y de las Indias orientales y del mar entero, como se hallaba Grecia respecto de Asia en los días que apareció Alejandro. Precisa recordar á este casi mitológico héroe; precisa traer á cuento su alma y las ideas de su alma, para sumergirse hasta el fondo profundísimo de las corrientes intelectuales que fluían á la sazón aquella por la vida y por el alma de Lusitania, esencialmente reveladora, y como reveladora, esencialmente universal ó humana. Hay alma del mundo, hay alma del pueblo, hay alma del tiempo, mejor dicho, ideales varios penetrando con su éter y con su calor en colectividades que parecen individuos por lo unidas y en individuos que parecen colectividades por lo sintéticos.

Un solo individuo, como Alejandro, parecía Portugal en el Renacimiento; un solo pueblo, la Grecia entera, parecía también Alejandro en sus conquistas. Evocadlo; pues en su evocación se halla una imagen clara de lo que ocurría en la Europa occidental durante la centuria de Colón; una imagen demostrativa de la unidad y de la inmanencia del humano espíritu en todos los tiempos y en todos los países. La emoción de Alejandro, al pisar Asia, no podía ni medirse, ni expresarse. Juntando, como Colón, intuiciones de poeta con cálculos de político, veía en sus ensueños realizarse un amado ideal, el ideal de su Asia griega. Sentado en la nave que lo conducía, nave á un altar parecida por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso ceder el timón, pues como poseía solo el ideal, solo debía poseer la fuerza y autoridad necesarias á su realización y cumplimiento. Entrado en las tranquilas aguas del Bósforo de Tracia, á la mitad exacta del canal equidistante matemáticamente de Asia y Europa, ofreció á Neptuno un toro inmolado en holocausto; levantó áureo cáliz al cielo en demanda y requerimiento de un auxilio, muy asequible á las libaciones religiosas; asestó un dardo al seno de la tierra, donde sus conquistas debían ejercerse; y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para evocar la sabiduría, como si, en vez de una guerra cruel y porfiada, iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero y político y explorador, no quiso penetrar en la tierra objeto de su de-

seo, sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los ejércitos de Agamen y Ajax á continuar la eterna porfía de Asia con Europa; y, por consiguiente, hallábase obligado á recordarla en el suelo mismo de la epopeya helénica, para resolverla en sus exploraciones y en sus conquistas por medio de su victoria, personal en apariencia, humana y civilizadora en realidad. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desvertirse de sus arreos regios, como si quisiera demostrar de aquella suerte la igualdad humana delante del mundo asiático, del mundo de los privilegios y de las castas. Así, después de unirse con aceite oloroso, vació las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias, y depuso coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros con sublimes versos elegíacos. En las menores cosas Alejandro mostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Así, después de haberse desnudado como un griego de Olimpias sobre la tumba de Aquiles, revistióse de trajes asiáticos. Era de ver el dios, porque un dios parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho al coro compuesto en el Olimpo griego por los dioses segundos; precedido del milagroso escudo perteneciente á Minerva; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de sus armaduras, las cuales atraían los ojos de sus amigos

y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo, el casco ceñido de blancas plumas dispuestas en forma de penacho á la cabeza; su cota de muchos dobleces al talle; la gargantilla de pedrería en el cuello; su espada, como un rayo por lo devastadora y ligera, en el muslo; su túnica, de blanco lino en Sicilia hilado, al cuerpo; el manto de púrpura en la espalda; y á los pies borceguíes como los usados por las divinidades mayores de todas las teogonías en sus descensos á la tierra. No hay que dudarle; cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tomaba su cuerpo, flexible como una serpiente y duro como un león; cuantas palabras fluían de sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus ejércitos, todo en él obedecía, por su conjunto, al proyecto capital y á la finalidad exclusiva de su íntimo y propio sér, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Vencedor en la batalla del Iliso, y recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en ligeras naves, el mar indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como débiles arbustos por su caballo de guerra pisoteados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas y el canto de los salmistas le bendice como si fuera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, las tierras más ilustres, caen de hinojos á sus plantas y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del

Nilo establece su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos dirigen las almas. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas egipcias y pulidas por siglos de siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Annón, y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo infinito, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos interminables á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo, que las sostiene, como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en los sacros muros de Menfis. Desde allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratarse con todos los dioses, corre á Babilonia, no sin haber tenido que vencer en batallas como la de Arbela, y no sin haber tenido que sumergir un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo de Asia. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de las proporciones y las armonías. Sus templos parecidos á montañas; las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellos colosales amontonamientos de aras sobrepuestas para ofrecer incienso á los dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos sobre las cuales resplandecían tallados en jeroglíficos pensamientos innumerables; los colosos hechos de granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espí-

ritu y que sugerirle ambición superior á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. Y luego corre á las montañas medas, asciende á la Bactriana de Semíramis, donde hace de la vieja Ecbatana su sitio real y de la hija del Oxo su mujer; vuela por los desiertos mongólicos, hasta entrar en la India, y allí se halla con la cuna de sus dioses y con el manantial de sus ideas, tras todo lo que puede buenamente ya helenizar el mundo conocido con sólo su presencia, que deja huellas inextinguibles, y aperece la síntesis científica y la síntesis religiosa de sus colegios alejandrinos, los cuales preparan á un tiempo las bases de aquella cultura griega que habían de hallar los árabes y traer á Occidente por medio de Sevilla y Córdoba, como los términos de aquella Trilogía platónica que habían de recoger los teólogos y aportar por medio de Nicea y Constantinopla y sus concilios á la eterna religión del Verbo y del Espíritu. Pues una fuerza y una persistencia como las mostradas por Alejandro en sus expediciones, había mostrado Portugal en sus descubrimientos.

Desde que los Avis reinaron, predominó Lisboa sobre todas las ciudades, el comercio sobre la agricultura, el marino sobre el soldado, los anhelos por el descubrimiento sobre los anhelos por la conquista. Y, como hemos visto, el infante D. Enrique fundó por esta grande alucinación Segres; el infante D. Fernando murió por esta grande alucinación mártir en Fez; el rey D. Juan I tuvo que lanzarse á una cruzada en los mares; el regente don Pedro, destinado á tan trágico fin, que llegar en peregrinación hasta las iglesias de Jerusalén y las cumbres del

Sinaí; los pilotos, cual Zarco y Eannes y Cabral, expedidos por el Océano, que traer Puerto Santo, Madera, las Azores, el archipiélago de Cabo Verde, la Formosa, el desemboque de las aguas del Congo en las aguas del Atlántico, invenciones halladas todas sin excepción en la misma centuria de Colón y todas idóneas para despertar en aquella emprendedora y audaz colectividad el propósito firme de intentar algo extraordinario como lo propuesto por el inmortal genovés en cálculos y sueños que parecían combinados para llevarse tras de sí todas las inteligencias con todas las voluntades. Por aquellos mismos años, en que inútilmente pugnaba Colón para conseguir el asenso de Portugal á sus proyectos, enviaba Portugal su piloto Bartolomé Díaz en busca y demanda del cabo que termina en las tierras australes del África, encontrado por su inspiración y por su esfuerzo con toda felicidad, y poco explorado á causa del terror sentido por los tripulantes, al cual regresaron sin ir ultra, dejando la gloria y el fruto de tanta empresa entonces á otra exploración y á otro explorador lusitanos. Por aquellos mismos días, no contentos los portugueses con las noticias traídas por su infante D. Pedro, diputaron otros peregrinos en busca del Preste Juan de las Indias, talismán semejante al vellocino de oro, puesto por los espejismos de las fábulas antiguas en la Cólquide para despertar y atraerse á los inquietos argonautas. Alfonso de Payra y Pero de Corvihan, partidos del Tajo con cartas de crédito para Cosme de Médicis visitaron la isla de Rodas; recorrieron el Nilo desde Alejandría hasta el Cairo; acompañaron las carava-

nas árabes por los infinitos desiertos de Arabia; pusieron sus plantas, cual Moisés, en los arenales vecinos al mar Rojo y en las cumbres tormentosas del alto Sinaí; hasta que se apartaron en Adén; y desde allí el uno tomó la ruta de Indias y el otro la ruta de Abisinia, visitando así Goa, Malabar, Calcuta y el reino abisinio, donde Corvihan murió tras de treinta y tantos años de residencia feliz en medio de la riqueza y del fausto convertido, casi en el mismo fantaseado sér á quien buscaba con tal tenaz ahinco. Y ¿cómo una gente por este modo y manera dispuesta de suyo para los descubrimientos, no quiso escuchar al gran descubridor? ¿Cuáles no hubieran sido los destinos de Portugal si escuchase á Colón? La maravillosa desembocadura del Tajo; las dunas entre que corre; los dos montes excelsos, alzados como centinelas titánicos á los dos extremos de sus bocas, los riscos de Arralida y de Cintra besados por los vientos y por los oleajes; el Océano inmenso extendido por allí con grandeza y compenetrado por el resplandor de aquellos espléndidos horizontes que lo esmaltan con los iris de sus colores y matices; los cabos de Rocha y Espichel tan majestuosos; la gran ciudad en que las encinas con las palmas y los azahares con los helechos se juntan; las maravillas todas de aquel territorio, hubieranlo constituido en la capitalidad incontestable de todo nuestro planeta, si por un lado hubiera vuelto Vasco de Gama con sus indios orientales y sus Indias testigos del primer día de la historia y por otro lado Cristóbal Colón, portador del secreto de sus Indias occidentales, y acompañado por los indios á quienes su falta

de historia y de tradiciones convertía en factores de todos los progresos y Bautistas de todo lo futuro, celebrándose tal síntesis con una fiesta de la humanidad que hubiera eclipsado todos los milagros hechos por el mundo antiguo y achicado todas las increíbles empresas del casi fabuloso Alejandro. La Providencia no lo quiso así. Colón, dotado con la facilidad que tenían los italianos de aquel entonces para servir á cualquier nación, se naturalizó portugués; casó con portuguesa; tuvo hijo de Portugal; emparentó con familias que gobernaban allí territorios ultramarinos; estudió los progresos adquiridos por la escuela y academia de Segres; fué con sus expertos nautas desde Tile á Guinea; expuso los planes suyos recién formados sin recatar ninguna de sus experiencias y noticias; trabajó con empeño para que su gloria personal fuese gloria lusitana también; se afaná y se desvivió cuanto pudo por engrandecer á Portugal y Portugal no lo comprendió.

Colón, antes de presentar su proyecto á D. Juan II, lo había visto y revisto con prolijidad, amén de consultarlo á los sabios con modestia. El cosmógrafo Behain, discípulo de Regio Montano, grande astrónomo del siglo, había hecho un globo en el cual constaba su conformidad con el pensamiento de Colón, sólo que donde ponía éste la prolongación de Asia, ponía él una de las muchas regiones descritas por los antiguos poetas y filósofos. Del mismo pensar y del mismo sentir era Toscanelli. Natural de Florencia y en Florencia educado, poseía la suma de conocimientos que se respiraba entonces en el aire de la nueva incomparable Atenas. Con darse un paseo por las

orillas del Arno y penetrar en los jardines donde ardían velas en honor de Cristo y de Platón, allegábanse más ciencia que asistiendo á las primeras universidades y escuelas florecientes entonces en el por cien conceptos luminosísimo territorio italiano. Toscanelli pasaba por un médico y por un cosmógrafo consumado. Colón debía juzgarlo así cuando le dirigió modesta consulta sobre su plan y sus proyectos. El sabio le respondió participándole su conformidad con todos ellos; le dijo cómo había trazado un mapa en correlación verdadera con los conceptos colombinos; y le aseveró entendía cosa fácil un encuentro feliz, tras corta y segura navegación por Occidente, con las Indias orientales. Oyendo tales votos y estudiando tales revelaciones, la creencia del nauta crecía en arraigo y se maduraba el propósito de presentarla con toda claridad al Monarca reinante á la sazón sobre Portugal y pedirle su apoyo poderosísimo para el cumplido logro y la plena realización de una idea tan fecunda. No se había lanzado el reino portugués á las exploraciones sin dudas y sin resistencias. Allí, como en todas partes, la diferencia de doctrinas y de ideas en los individuos provenía de las diferencias en la educación y en su temperamento respectivos.

Estudiad cualquier sociedad ó compañía fundada para el cultivo de las ideas; veréis como ha reunido las inteligencias afines. Estudiad cualquier otra que se consagre á la acción antes que á la idea y veréis como ha reunido los temperamentos análogos. El Portugal agrícola debía pugnar con el Portugal marino. Los sedentarios